



VIENE DE 1

con miedo de que la asalten en la calle, de que la mate el marido... Y si no tiene control sobre su propio cuerpo, además. Eso también debería estar especificado en la Constitución".

El título inicial era "Qué queremos las mujeres" —pero yo lo había usado Erika Jong—, para advertirnos, Isabel Allende también investigó vivencialmente, entre infinidad de mujeres. El primer lugar lo ocupa, en efecto, la seguridad. En el libro profundiza en este anhelo y en los siguientes: ser valoradas, vivir en paz, disponer de recursos propios, estar conectadas. Y sobre todo: amor.

Acerca de su interés en escribir un libro sobre feminismo, en el que, por supuesto, hay episodios que ha contados antes, explica: "Yo de una conferencia en México, y fue viral, tuvo muchísimo éxito. Un par de años más tarde se contactaron conmigo mis editores en Plaza&Janés, y me dijeron que querían hacer un librito con eso. Dije, momentáneo, vamos a ver; me puse a leerlo y le dije esto ya está pasado, porque entretanto había sido el #MeToo, habían sido Las Tesis, había pasado tanta cosa en Chile y en el mundo". Entonces se propuso actualizarlo, pero se dio cuenta de que era imposible. "Es como tratar de hacer un refrito con comida añeja", dice riendo.

Y armó un texto nuevo. "La idea de que ya era tiempo de escribir sobre esto estaba en el aire —asegura—. Y yo no quería que fuera un manifiesto, sino una cosa muy del corazón, de lo que ha sido mi experiencia como mujer, como feminista en Chile a fines de los 60; todo lo que aprendí con mis compañeras de la revista Paula y las mujeres extraordinarias que me ha tocado conocer a lo largo de la vida".

En categoría de matriarca

—Pero fue su madre quien la acercó por primera vez al feminismo, ¿no? —Casi por oposición, por vería a ella tan desvalida, tan dependiente y, por lo mismo, tan limitada. Eran los años 40 cuando mi mamá se quedó sola con tres guaguas; yo no estaba en pañales, pero mis dos hermanos sí. Y sin un peso, sin capacidad para trabajar, viviendo de la caridad de su padre y de su hermano mayor. Mi mamá vivía enferma, la pobre, porque yo creo que estaba tan adormida. Por lo menos una vez por semana estaba un día o dos fuera de circulación, con unas jaquecas horribles. Y después la vida con mi padrastro tuvo muchos inconvenientes, muchos alibis. Entonces yo quise siempre defenderla, protegerla. Y ser distinta. Yo quería ser como mi abuelo".

—¿Cómo ve el feminismo ahora, que ya no está su madre y usted ya es hijá?

"Yo ya entré en la categoría de las matriarcas. Cuando me dicen 'la gran dama', me da un terror... Pero la verdad es que tengo ya nietas que tienen veintitantos años, que son esa nueva ola del feminismo y que dan mucho por sentido. Porque viven en un círculo privilegiado, tienen acceso a la educación superior, a la salud, tienen recursos, viven en una parte muy civilizada del mundo, pero se olvidan del resto de las mujeres. Y como yo tengo una fundación que trabaja con esas mujeres que son las más vulnerables, vivo recordándoselas. Vivo muy alerta a las necesidades de las mujeres y a la tremenda desventaja que tienen".

—Nada se puede dar por sentado, dice usted, aunque el feminismo ha sido la revolución "más profunda y duradera".

"Todo se puede perder. Pero todas las revoluciones avanzan y retroceden, y se revisan. Los postulados del principio cambian, porque cambian las circunstancias, y porque una se da cuenta de que hubo errores o de que no los hubo, de manera que en toda revolución, las políticas y las políticas, hay siempre un revisionismo. Y en el caso de la revolución del movimiento de liberación femenina, yo la ha habido pasos que echan las cosas para atrás, después vienen nuevas olas, otra generación, con una nueva energía y con otros requisitos y con otros objetivos, porque ya se ha obtenido algo. Esto es como una cadena, en que cada uno va aportando. He visto los cambios, y falta mucho por hacer. Pero eso hay que estar alertas, y ayudarse una a otras".

El título "Mujeres del alma mía" alude a su novela "Inés del alma mía", sobre Inés de Suárez, y en un principio ella también aparecía en este libro. "La metí como un ejemplo. Era 1540, y mira la vi-

da que tuvo esta mujer analfabeta de Placencia, todo lo que hizo, todo lo que vivió. Es una mujer extraordinaria en cualquier época, pero en ese tiempo ya es una cosa mágica. Sin embargo, cuando el libro lo leyeron otras personas, no chilenas, me dijeron, 'oye, pero esta señora que andaba asesinando indígenas no puede ser un ejemplo de feminismo'. A mí me pareció justo, y la saqué. Pero el título quedó".

—En su libro dice que ya hizo "la cuenta arriba". ¿Siente que está viviendo un momento pleno?

"Pleno, apacible. Preocupada por el mundo, preocupada por Estados Unidos, muchísimo, por la próxima elección. Estamos en medio de la pandemia y en California cada tanto no se puede respirar, porque el humo de los incendios parece niebla por todos lados. Sin embargo, yo, en lo personal, estoy muy en paz; duermo como un lirón, no me duele nada, subo corriendo la escalera, bajé 12 libras, o sea como seis kilos. ¡Estoy feliz! Además, tengo un marido que no me da ni un solo problema (se ríe), un marido amoroso, gringo, que está en lo de él, y trata de hacerme la vida placentera, de cocinar para mí, me pregunta si quiero que le eche bencina al auto, es decir, cosas que no me habían pasado nunca! Él dice que es mi mayordomo polaco, porque es polaco de origen, que corre con las cosas que yo no quiero hacer. Pero lo más satisfactorio es la salud. Sentirse bien".

—Antes del plebiscito, ¿estaba más preocupada por Estados Unidos que por Chile?

"Sí, absolutamente. Aquí en Estados Unidos hay un clima de gran violencia. La gente está yendo a votar y hay milicias armadas que tratan de impedir que la gente vote; tú puedes andar con una

bazuca en la calle. Y en Chile, mira cómo fue la votación. O sea, yo tengo mucha más fe en Chile como país civilizado que en este, mucho más".

—Eso respecto de la gente, ¿y de los políticos?

"No, los políticos están todos podridos, allá y acá. La gente ya no cree en este sistema político, no tiene ninguna fe en el Congreso. Además, las instituciones están todas cuestionadas; ya no creen en los jueces, en la policía, en la ley... ¿En qué crees?, ¿en quién confías? No crees en los cosas tampoco".

—¿Es otra consecuencia del patriarcado, al que se opone el feminismo?

"El patriarcado es un sistema de opresión y de dominación, cultural, religioso, social, económico, en todo sentido. Y el patriarcado le da el poder al macho, al hombre, sobre todo en ciertas clases sociales, entonces el patriarcado también oprime al pobre, al desamparado, a la gente de color, y nos incluímos todos. Es una definición un poco fuerte, pero eso nos vivimos, por miles de años. Eso es lo que hay que cambiar. El sistema es el patriarcado. El machismo es un aspecto".

—Usted dice que este es el momento de las abuelas envalentonadas, pero también reconoce que es duro envejecer. ¿Cómo ve esta etapa?

"Es muy dura para hombres y mujeres. A veces es menos dura para la mujer, porque somos más sociales, llegamos a viejas con amigas, estamos integradas a la comunidad mucho más que los hombres, que se proyectan a través del trabajo, se jubilan y se quedan muy solos. Además, generalmente se cuidan menos que las mujeres y envejecen con muchos más problemas de salud que nosotros, viven menos. Pero es un problema de la sociedad, que descarta a los viejos, porque ya no son útiles. Hay que encontrar aquellas cosas que le pueden dar propósito a la vida, integrarte a algo, aunque sea pequeño".

—Dice que el amor también ayuda, y en su vida es ineludible. "Hace unos días

No quería que este libro fuera un manifiesto, sino una cosa muy del corazón".

Ya entré en la categoría de las matriarcas. Cuando me dicen 'la gran dama', me da un terror".

Creo que el mundo necesita los valores femeninos y masculinos. No creo que haya que reemplazar unos por otros".

no se parece tanto, pero la Paula sí".

—Debe haber sido impresionante.

"¡Uff! Pasé toda la tarde leyendo. Y me trajó tantos recuerdos, de Chile, de todo lo que se perdió, también. Bueno, es la vida", dice bajando la mirada y la voz.

—Su relación con la muerte cambió después del fallecimiento de Paula. Y en el libro dice que ahora la ve como una amiga. ¿Cómo fue ese proceso?

"Yo creo que antes no pensé mucho en la muerte, pero justo cuando cumplí cincuenta años se murió la Paulita. Y ahí, yo envejecí de golpe; no en el sentido de sentirme vieja, pero maduré. Mi relación con la vida y con la muerte cambió. Perdí el miedo de caer todo".

En los últimos años, Isabel Allende también ha enfrentado la muerte de su madre y de su padrastro, el tío Ramón. "Mi mamá recibió a la muerte como una amiga, no tenía miedo, estaba espiritualmente preparada —recuerda—. En un momento me dice: 'Me estoy muriendo, ¿verdad?'. Y yo le dije, 'sí, mamá, ¿tienes miedo?'. 'No, estoy contenta y tengo curiosidad'. En cambio, el tío Ramón le tenía terror a la muerte. ¡102 años!, y defendido con dientes y uñas".

—En su libro dice que sus personajes la rodean, que son como fantasmas. ¿Cuáles son los que están más presentes?

"Depende de los momentos, de lo que estoy escribiendo. El personaje de Clara, por ejemplo, en 'La casa de los espíritus', era mi abuela; no tuve que inventarle mucho; entonces ese personaje... bueno no sé si es el personaje o es mi abuela, lo siento muy presente. Están aquí (se para a buscar una foto), arriba de mi escritorio, al lado mío, me están mirando siempre, estos son mis abuelos (los muestra). Tengo a la Paulita por allá, a mi mamá y al tío Ramón. En parte son personajes y en parte son espíritus, son mi memoria. Pero se me mezclan, ya no sé cuáles son cuáles. A veces, por ejemplo, me parece estar viendo a Inés, quizás porque ya vi la televisión".

Se refiere a la producción de RTVE, Boomerang TV y Chilevisión, basada en su novela "Inés del alma mía", que ya se estrenó en España y debería llegar a Chile en los próximos meses. ¿Y qué le pareció? "Muy buena. Me impresionó. Nunca esperé que fuera una cosa tan rigurosamente histórica. Filmaron en Placencia, en el Cusco, en Lima, en el desierto de Atacama, en Santiago, en el sur, lo hicieron realmente bien. Hasta los indígenas son totalmente creíbles".

—En el siglo XXI "las mujeres cambiarán la naturaleza del poder", cita a Bella Abzug. ¿Es optimista en ese sentido? ¿Cree que la mujer puede conducir mejor el mundo?

"El mundo necesita los valores femeninos y masculinos. No creo que haya que reemplazar unos por otros. Pero sin el aporte de los valores femeninos, mira cómo estamos. Vivimos en un mundo de violencia, de codicia, de dominación. Eso no son los valores femeninos. Tiene que haber un número crítico de mujeres en el poder para que lo que cambie sea la forma de ejercerlo. Tengo una fe plena en que las cosas van para allá. Yo no lo voy a ver, pero una triplete en el futuro; ya a ser el de mis nietas o el de mis bisnietas, pero lo que yo hago hoy va a repercutir entonces. Por eso me interesa tanto el trabajo que hago con la fundación, aunque desgradadamente no es cambiar la política de las cosas, sino tratar de ayudar a las que están desesperadas. Es asistencia".

El método de siempre

Esta semana, Isabel Allende recibió el Premio Liber, que otorga la Federación de Gremios de Editores de España, a la mejor autora hispanoamericana. Un nuevo reconocimiento a su exitosa trayectoria literaria, que se inició en 1982 con la publicación de "La casa de los espíritus". "Ya llegué, hasta donde se puede llegar —afirma—. Además, nunca me lo planteé como una carrera, nunca tuve un plan, una ambición. Cada etapa me sorprende. Me sorprende el número de lectores, el número de libros vendidos, los premios, porque no los estoy esperando. Son cosas que pasan un poco en la periferia. Yo sigo medida en este cuarto, con los mismos diccionarios y las mismas fotos, y el mismo método". Y da vuelta el computador para mostrar otro ángulo de la habitación, donde se ve un colorido biombo. "Es el mismo método de siempre, totalmente artesanal, en que en cada papillito anoto las escenas y las voy pegando en este biombo y cada parte del libro está de un color diferente —explica—. Y así, yo más o menos tengo una visión del libro. Nunca cambia. Y es un trabajo muy solitario. Siempre me preguntan para qué escribo, y no tengo la menor idea. Yo supongo que alguien lo va a leer, pero yo escribo porque me encanta, nada más; son las ganas locas de contar una historia".

Este 8 enero —como es su costumbre— comenzó una novela que avanzó rápidamente en tiempos de pandemia. "La terminó ayer", dice, y muestra un grueso manuscrito, del que prefiere no adelantarse nada. "Todo el trabajo de la fundación lo estamos haciendo en línea, y las entrevistas. Se acabaron las giras de libros, yo no tengo que viajar, es era fantástico —reconoce—. El tiempo me rinde mucho más. En pocos meses terminé un novélón de 360 páginas".

Estoy muy en paz; duermo como un lirón, no me duele nada, subo corriendo la escalera, bajé como seis kilos".

Vivo muy alerta a las necesidades de las mujeres y a la tremenda desventaja que tienen".

me llegaron los tres episodios de una docuserie que hizo una productora amiga, sobre mi vida, y ahí queda tan claro que yo he sido una enamorada". Pero la serie también la remeció. "Bueno, la lloré entera, porque me tocó verla justo el día que era el cumpleaños de la Paulita, el 22 de octubre. La serie empieza con Paula, cuando cae en coma en el hospital en Madrid y termina con su muerte. Está muy bien hecha, es muy respetuosa".

—¿Y la entrevistaron a usted?

"No, es ficción. La Daniela Ramírez, que es linda, hace de mí; ojalá yo hubiera sido así. Y eligieron actores parecidos; incluso los niños los tomaron por las fotos. La Paulita está igual; Nicolás